

## VII

## Guillermina, virgen y fundadora.

## I

De cuantas personas entraban en aquella casa, la más agasajada por toda la familia de Santa Cruz era Guillermina Pacheco, que vivía en la inmediata, tía de Moreno Isla y prima de Ruiz-Ochoa, los dos socios principales de la antigua banca de Moreno. Los miradores de las dos casas estaban tan próximos, que por ellos se comunicaba doña Bárbara con su amiga, y un toquecito en los cristales era suficiente para establecer la correspondencia.

Guillermina entraba en aquella casa como en la suya, sin etiqueta ni cumplimiento alguno. Ya tenía su lugar fijo en el gabinete de Barbarita, una silla baja; y lo mismo era sentarse que empezar á hacer media ó á coser. Llevaba siempre consigo un gran lío ó cesto de labor; calábase los anteojos, cogía las herramientas y ya no paraba en toda la noche. Hubiera ó no en las otras habitaciones gente de cumplido, ella no se movía de allí ni tenía que ver con nadie. Los amigos asíduos de la casa, como el marqués de Casa-Muñoz, Aparisi ó Federico Ruiz, la mira-

ban ya como se mira lo que está siempre en un mismo sitio y no puede estar en otro. Los de fuera y los de dentro trataban con respeto, casi con veneración, á la ilustre señora, que era como una figurita de nacimiento, menuda y agraciada; la cabellera con bastantes canas, aunque no tantas como la de Barbarita; las mejillas sonrosadas, la boca risueña, el habla tranquila y graciosa y el vestido humildísimo.

Algunos días iba á comer allí, es decir, á sentarse á la mesa. Tomaba un poco de sopa, y en lo demás no hacía más que picar. D. Baldomero solía enfadarse y le decía: «Hija de mi alma, cuando quieras hacer penitencia no vengas á mi casa. Observo que no pruebas aquello que más te gusta. No me vengas á mí con cuentos. Yo tengo buena memoria. Te oi decir muchas veces en casa de mi padre que te gustaban las codornices, y ahora las tienes aquí y no las pruebas. ¡Que no tienes gana!... Para esto siempre hay gana. Y veo que no tocas el pan... Vamos, Guillermina, que perdemos las amistades...»

Barbarita, que conocía bien á su amiga, no machacaba como D. Baldomero, dejándola comer lo que quisiese ó no comer nada. Si por acaso estaba en la mesa el gordo Arnáiz, se permitía algunas cuchufletas de buen género sobre aquellos antiquísimos estilos de santidad, consistentes en no comer. «Lo que entra por la boca

no daña al alma. Lo ha dicho San Francisco de Sales nada menos.» La de Pacheco, que tenía buenas despachaderas, no se quedaba callada, y respondía con donaire á todas las bromas sin enojarse nunca. Concluída la comida, se diseminaban los comensales, unos á tomar café al despacho y á jugar al tresillo, otros á formar grupos más ó menos animados y chismosos, y Guillermina á su sillita baja y al teje maneje de las agujas. Jacinta se le ponía al lado y tomaba muy á menudo parte en aquellas tareas, tan simpáticas á su corazón. Guillermina hacía camisolos, calzones y chambritas para sus ciento y pico de hijos de ambos sexos.

Lo referente á esta insigne dama lo sabe mejor que nadie Zalamero, que está casado con una de las chicas de Ruiz-Ochoa. Nos ha prometido escribir la biografía de su excelsa pariente cuando se muera, y entre tanto no tiene reparo en dar cuantos datos se le pidan, ni en rectificar á ciencia cierta las versiones que el criterio vulgar ha hecho correr sobre las causas que determinaron en Guillermina, hace veinticinco años, la pasión de la beneficencia. Alguien ha dicho que amores desgraciados la empujaron á la devoción primero, á la caridad propagandista y militante después. Mas Zalamero asegura que esta opinión es tan tonta como falsa. Guillermina, que fué bonita y aun un poquillo presumida, no tuvo nunca amores, y si los tuvo no

se sabe absolutamente nada de ellos. Es un secreto guardado con sepulcral reserva en su corazón. Lo que la familia admite es que la muerte de su madre la impresionó tan vivamente, que hubo de proponerse, como el otro, *no servir á más señores que se le pudieran morir*. No nació aquella sin igual mujer para la vida contemplativa. Era un temperamento soñador, activo y emprendedor; un espíritu con ideas propias y con iniciativas varoniles. No se le hacía cuesta arriba la disciplina en el terreno espiritual; pero en el material sí, por lo cual no pensó nunca en afiliarse á ninguna de las órdenes religiosas más ó menos severas que hay en el orbe católico. No se reconocía con bastante paciencia para encerrarse y estar todo el santo día bostezando el *gori gori*, ni para ser soldado en los valientes escuadrones de Hermanas de la Caridad. La llama vivísima que en su pecho ardía no le inspiraba la sumisión pasiva, sino actividades iniciadoras que debían desarrollarse en la libertad. Tenía un carácter inflexible y un tesoro de dotes de mando y de facultades de organización que ya quisieran para sí algunos de los hombres que dirigen los destinos del mundo. Era mujer que cuando se proponía algo iba á su fin, derecha como una bala, con perseverancia grandiosa, sin torcerse nunca ni desmayar un momento, inflexible y serena. Si en este camino recto encontraba espinas, las

pisaba y adelante, con los pies ensangrentados.

Empezó por unirse á unas cuantas señoras nobles amigas suyas que habían establecido asociaciones para socorros domiciliarios, y al poco tiempo Guillermina sobrepujó á sus compañeras. Estas lo hacían por vanidad, á veces de mala gana; aquélla trabajaba con ardiente energía, y en esto se le fué la mitad de su legítima. A los dos años de vivir así, se la vió renunciar por completo á vestirse y ataviarse como manda la moda que se atavien las señoras. Adoptó el traje liso de merino negro, el manto, pañolón obscuro cuando hacía frío, y unos zapatones de paño holgados y feos. Tal había de ser su empaque en todo el resto de sus días.

La asociación benéfica á que pertenecía no se acomodaba al ánimo emprendedor de Guillermina, pues quería ella picar más alto, intentando cosas verdaderamente difíciles y tenidas por imposibles. Sus talentos de fundadora se revelaron entonces, asustando á todo aquel señorío que no sabía salir de ciertas rutinas. Algunas amigas suyas aseguraron que estaba loca, porque demencia era pensar en la fundación de un asilo para huerfanitos, y mayor locura dotarle de recursos permanentes. Pero la infatigable iniciadora no desmayaba, y el asilo *fué hecho*, sosteniéndose en los tres primeros años de su difícil existencia con parte de la renta que le quedaba á Guillermina y con los donativos de

sus parientes ricos. Pero de pronto la institución empezó á crecer; se hinchaba y cundía como las miserias humanas, y sus necesidades subían en proporciones aterradoras. La dama pignoró los restos de su legítima; después tuvo que venderlos. Gracias á sus parientes, no se vió en el trance fatal de tener que mandar á la calle á los asilados á que pidieran limosna para sí y para la fundadora. Y al propio tiempo repartía periódicamente cuantiosas limosnas entre la gente pobre de los distritos de la Inclusa y Hospital; vestía muchos niños, daba ropa á los viejos, medicinas á los enfermos, alimentos y socorros diversos á todos. Para no suspender estos auxilios y seguir sosteniendo el asilo era forzoso buscar nuevos recursos. ¿Dónde y cómo? Ya las amistades y parentescos estaban tan explotados, que si se tiraba un poco más de la cuerda era fácil que se rompiera. Los más generosos empezaban á poner mala cara, y los cicateros, cuando se les iba á cobrar lo cuota, decían que no estaban en casa.

—Llegó un día—dijo Guillermina, suspendiendo su labor, para contar el caso á varios amigos de Barbarita,—en que las cosas se pusieron muy feas. Amaneció aquel día, y los veintitrés pequeñuelos de Dios que yo había recogido y que estaban en una casucha baja y húmeda de la calle de Zarzal, aposentados como conejos, no tenían qué comer. Tirando de aquí

y de allá podían pasar aquel día; pero ¿y el siguiente? Yo no tenía ya ni dinero ni quien me lo diera. Debía no sé cuántas fanegas de judías, doce docenas de alpargatas, tantísimas arrobas de aceite; no me quedaba que empeñar ó que vender más que el rosario. Los primos, que me sacaban de tantos apuros, ya habían hecho los imposibles... Me daba vergüenza de volver á pedirles. Mi sobrino Manolo, que solía ser mi paño de lágrimas, estaba en Londres. Y suponiendo que mi primo Valeriano me tapase mis veintitrés bocas (y la mía veinticuatro) por unos cuantos días, ¿cómo me arreglaría después? Nada, nada, era indispensable arañar la tierra y buscar cuartos de otra manera y por otros medios.

«El día aquel fué día de prueba para mí. Era un viernes de Dolores, y las siete espadas, señores míos, estaban clavadas aquí... Me pasaban como unos rayos por la frente. Una idea era lo que yo necesitaba, y más que una idea, valor; sí, valor para lanzarme... De repente noté que aquel valor tan deseado entraba en mí, pero un valor tremendo, como el de los soldados cuando se arrojan sobre los cañones enemigos... Trínqué la mantilla y me eché á la calle. Ya estaba decidida, y no crean, alegre como unas Pascuas, porque sabía lo que tenía que hacer. Hasta entonces yo había pedido á los amigos; desde aquel momento pediría á todo bicho viviente, iría de

puerta en puerta con la mano así... Del primer tirón me planté en casa de una duquesa extranjera, á quien no había visto en mi vida. Recibiómelo con cierto recelo; me tomó por una trapisondista; pero á mí ¿qué me importaba? Diómelo la limosna; y en seguida, para alentarme y apurar el cáliz de una vez, estuve dos días sin parar subiendo escaleras y tirando de las campanillas. Una familia me recomendaba á otra, y no quiero decir á ustedes las humillaciones, los portazos y los desaires que recibí. Pero el dichoso maná iba cayendo á gotitas á gotitas... Al poco tiempo vi que el negocio iba mejor de lo que yo esperaba. Algunos me recibían casi con palio; pero la mayor parte se quedaban fríos, mascullando excusas y buscando pretextos para no darme un céntimo. «Ya ve usted, hay tantas atenciones... no se cobra... el Gobierno se lo lleva todo con las contribuciones...» Yo les tranquilizaba. «Un *perro chico*, un *perro chico* es lo que me hace falta.» Y aquí me daban el *perro*, allá el duro, en otra parte el billetito de cinco ó de diez... ó nada. Pero yo tan campante. ¡Ah! señores, este oficio tiene muchas quiebras. Un día subí á un cuarto segundo, que me había recomendado no sé quién. La tal recomendación fué una broma estúpida. Pues, señor: llamo, entro, y me salen tres ó cuatro tarascas... ¡Ay, Dios mío, eran mujeres de mala vida!... Yo, que veo aquello... lo primero que me ocurrió fué

«echar á correr. «Pero no—me dije,—no me voy. Veremos si les saco algo.» Hija, me llenaron de injurias, y una de ellas se fué hacia dentro y volvió con una escoba para pegarme. ¿Qué creen ustedes que hice? ¿Acobardarme? Quiá. Me metí más adentro y les dije cuatro frescas... pero bien dichas... ¡bonito genio tengo yo...! ¡Pues creerán ustedes que les saqué dinero! Pásmense, pásmense... la más desvergonzada, la que me salió con la escoba, fué á los dos días á mi casa á llevarme un napoleón.

»Bueno... pues verán ustedes. La costumbre de pedir me ha ido dando esta bendita cara de baqueta que tengo ahora. Conmigo no valen desaires ni sé ya lo que son sonrojos. He perdido la vergüenza. Mi piel no sabe ya lo que es ruborizarse, ni mis oídos se escandalizan por una palabra más ó menos fina. Ya me pueden llamar *perra judía*; lo mismo que si me llamaran *la perla de Oriente*; todo me suena igual... No veo más que mi objeto, y me voy derechita á él sin hacer caso de nada. Esto me da tantos ánimos, que me atrevo con todo. Lo mismo le pido al Rey que al último de los obreros. Oigan ustedes este golpe: Un día dije: «Voy á ver á D. Amadeo.» Pido mi audiencia, llego, entro, me recibe muy serio. Yo, imperturbable, le hablé de mi asilo y le dije que esperaba algún auxilio de su real munificencia. «¿Un asilo de ancianos?»—me preguntó. «No señor, de niños.»

—«¿Son muchos?» Y no dijo más. Me miraba con afabilidad. ¡Qué hombre! ¡qué boca! Mandó que me dieran seis mil *gueales*... Luego vi á doña María Victoria, ¡qué excelente señora! Hízome sentar á su lado; tratábame como su igual; tuve que darle mil noticias del asilo, explicarle todo... Quería saber lo que comen los pequeños, qué ropa les pongo... En fin, que nos hicimos amigas. Empeñada en que fuera yo allá todos los días... Á la semana siguiente me mandó montones de ropa, piezas de tela, y suscribió á sus niños por una cantidad mensual.

»Con que ya ven ustedes cómo así, á lo tonto á lo tonto, ha venido sobre mi asilo el pan de cada día. La suscripción fija creció tanto, que al año pude tomar la casa de la calle de Albuquerque, que tiene un gran patio y mucho desahogo. He puesto una zapatería para que los muchachos grandecitos trabajen, y dos escuelas para que aprendan. El año pasado eran sesenta, y ya llegan á ciento diez. Se pasan apuros; pero vamos viviendo. Un día andamos mal y al otro llueven provisiones. Cuando veo la despensa vacía, *me echo á la calle*, como dicen los revolucionarios, y por la noche ya llevo á casa la libreta para tantas bocas. Y hay días en que no les falta su extraordinario; ¿qué creían ustedes? Hoy les he dado un arroz con leche, que no lo comen mejor los que me oyen. Veremos si al fin me salgo con la mía, que es un grano de anís; nada

menos que levantarles un edificio de nueva planta, un verdadero palacio con la holgura y la distribución convenientes, todo muy propio, con departamento de esto, departamento de lo otro, de modo que me quepan allí doscientos ó trescientos huérfanos y puedan vivir bien y educarse y ser buenos cristianos.»

## II

—Un edificio *ad hoc*—dijo con incredulidad el marqués de Casa-Muñoz, que era uno de los presentes.

—*Ad... hoc*, sí señor—replicó Guillermina, acentuando las dos palabras latinas.—Pues está usted adelantado de noticias. ¿No sabe que tengo el terreno y los planos, y que ya me están haciendo el vaciado? ¿Sabe usted el sitio? Más abajo del que ocupan las *Micaelas*, esas que recogen y corrigen las mujeres perdidas. El arquitecto y los delineantes me trabajan gratis. Ahora no pido sólo dinero, sino ladrillo recocho y pintón. Con que á ver...

—¿Tiene usted ya la memoria de cantería?—preguntó con vivo interés Aparisi, que era hombre fuerte en negocio de berroqueña.

—Sí, señor. ¿Me quiere usted dar algo?

—Le doy á usted—dijo Aparisi, acompañando su generosidad de un gesto imperial—la

friolera de sesenta metros cúbicos de piedra sillar que tengo en la Guindalera.

—¿Á cómo?—preguntó Guillermina, mirándole con los ojos guiñados y apuntándole con la aguja de media.

—Á nada... La piedra es de usted.

—Gracias, Dios se lo pague. Y el marqués, ¿qué me da?

—Pues yo... ¿Quiere usted dos vigas de hierro de doble T que me sobraron de la casa de la Carrera?

—¿Pues no las he de querer? Yo lo tomo todo, hasta una llave vieja, para cuando se acabe el edificio. ¿Saben ustedes lo que me llevé ayer á casa? Cuatro azulejos de cocina, un grifo y tres paquetitos de argollas. Todo sirve, amigos. Si en algún tejár me dan cuatro ladrillos, los acepto y á la obra con ellos. ¿Ven ustedes cómo hacen los pájaros sus nidos? Pues yo construiré mi palacio de huérfanos cogiendo aquí una pajita y allá otra. Ya se lo he dicho á Bárbara: no ha de tirar ni un clavo, aunque esté torcido; ni una tabla, aunque esté rota. Los sellos de correo se venden, las cajas de cerillas también... ¿Con qué creen ustedes que he comprado yo el gran lavabo que tenemos en el asilo? Pues juntando cabos de vela y vendiéndolos al peso. El otro día me ofrecieron una petaca de cuero de Rusia. «¿Para qué le sirve eso?», dirán estos señores. Pues me sirvió para hacer un regalo á uno de

los delineantes que trabajan en el proyecto... ¿Ven ustedes á este marqués de Casa-Muñoz que me está oyendo y me ha ofrecido dos vigas de doble T? Bueno: ¿cuánto apuestan á que le saco algo más? Pues qué, ¿creen ustedes que el señor marqués tiene sus grandes yeserías de Vallecas para ver estos apuros míos y no acudir á ellos?

—Guillermina—dijo Casa-Muñoz algo conmovido,—cuente usted con doscientos quintales, y del blanco, que es á nueve reales.

—¿Qué dije yo? Bueno. Y este señor de Ruiz, ¿qué hará por mí?

—Hija de mi alma, yo no tengo ni un clavo, ni una astilla; pero le juro á usted por mi salvación que un domingo me salgo por las afueras y robo una teja para llevársela á usted... robaré dos, tres, una docena de tejas... Y hay más. Si quiere usted mis dos comedias, mis folletos sobre la *Unión ibérica* y sobre la *Organización de los bomberos en Suiza*, mi obra de los *Castillos* todo está á su disposición. Diez ejemplares de cada cosa para que haga lotes en una *tómbola*.

—¿Lo ven ustedes? Cae el maná, cae. Si en estas cosas no hay más que ponerse á ello... Mi amigo Baldomero también me dará algo.

—Las campanas—dijo el insigne comerciante,—y si me apuran, el pararrayos y las veletas. Quiero concluir el edificio, ya que el amigo Aparisi lo quiere empezar.

—La primera piedra no hay quien me la quite—expresó Aparisi con toda la hinchazón de su amor propio.

—Algo más daremos, ¿verdad, Baldomero?—apuntó Barbarita;—por ejemplo, toda la capilla, con su órgano, altares, imágenes...

—Todo lo que tú quieras, hija. Y eso que las *Micaelas* nos han llevado un pico. Les hemos hecho casi la mitad del edificio. Pero ahora le toca á Guillermina. Ya sabe ella dónde estamos.

El grupo que rodeaba á la fundadora se fué disolviendo. Algunos, creyendo sin duda que lo que allí se trataba más era broma que otra cosa, se fueron al salón á hablar *seriamente* de política y negocios. D. Baldomero, que deseaba echar aquella noche una partida de mus, el juego clásico y tradicional de los comerciantes de Madrid, espero á que entrase Pepe Samaniego, que era maestro consumado, para armar la partida. Durante un largo rato no se oía en el salón más que *envido á la chica... envido á los pares... órdago*.

Las tres señoras estuvieron un momento solas hablando de aquel proyecto de Guillermina, que seguía cose que te cose, ayudada por Jacinta. Hacía algún tiempo que á ésta se le había despertado vivo entusiasmo por las empresas de la Pacheco, y á más de reservarle todo el dinero que podía, se picaba los dedos cosiendo para ella durante largas horas. Es que sentía

un cierto consuelo en confeccionar ropas de niño y en suponer que aquellas mangas iban á abrigar bracitos desnudos. Ya había hecho dos visitas al asilo de la calle de Alburquerque y acompañado una vez á Guillermina en sus excursiones á las miserables zahurdas donde viven los pobres de la Inclusa y Hospital.

Había que oirla cuando volvió de aquella su primera visita á los barrios del Sur. «¡Qué desigualdades!—decía, desflorando sin saberlo el problema social.—Unos tanto y otros tan poco. Falta equilibrio, y el mundo parece que se cae. Todo se arreglaría si los que tienen mucho dieran lo que les sobra á los que no poseen nada. ¿Pero qué cosa sobra?... Vaya usted á saber.» Guillermina aseguraba que se necesita mucha fe para no acobardarse ante los espectáculos que la miseria ofrece. «Porque se encuentran almas buenas, sí—decía;—pero también mucha ingratitud. La falta de educación es para el pobre una desventaja mayor que la pobreza. Luego la propia miseria les ataca el corazón á muchos y se los corrompe. A mí me han insultado; me han arrojado puñados de estiércol y tronchos de berza; me han llamado *tía bruja*...»

A Barbarita le daba aquella noche por hablar de arquitectura y no perdía ripio. Entró á la sazón Moreno Isla, y le recibieron con exclamaciones de alegría. Llamóle la señora y le dijo: «¿Tiene usted cascote?»

Las tres se reían viendo la sorpresa y confusión de Moreno, que era una excelente persona, como de cuarenta y cinco años, célibe y riquísimo, de aficiones tan inglesas, que se pasaba en Londres la mayor parte del año; alto, delgado y de muy mal color, porque estaba muy delicado de salud.

—¡Que si tengo cascote...! ¿Es para usted?

—Usted conteste y no sea como los gallegos, que cuando se les hace una pregunta hacen otra. Puesto que está usted de derribo, ¿tiene cascote, sí ó no?

—Sí que lo tengo... y pedernal magnífico. A sesenta reales el carro, todo lo que usted quiera. El cascote á ocho reales... ¡Ah, tonto de mí! Ya sé de qué se trata. La santurróna les está embaucando con las fantasmagorías del asilo que va á edificar... Cuidado, mucho cuidado con los timos. Antes de que ponga la primera piedra, nos llevará á todos á San Bernardino.

—Cállate, que ya saben todos lo avariento que eres. Si no te pido nada, roñoso, cicatero. Guárdate tus carros de pedernal, que ya te los pondrán en la balanza el día del gran saldo final; ya sabes, cuando suenen las trompetas aquellas, sí; y entonces, cuando veas que la balanza se te cae del lado de la avaricia, dirás: «Señor, quitame estos carros de piedra y cascote que me hundén en el Infierno», y todos diremos: «No, no, no... échenle carga, que es muy malo.»



—Con poner en el otro platillo los perros grandes y chicos que me has sacado, me salvo—dijole Moreno riendo y manoseándole la cara.

—No me hagas carantoñas, sobrinillo. Si crees que eso te vale, gran miserable, usurero, recocho en dinero—repitió Guillermina con tono y sonrisa de chanza benévola.—¡Qué hombres estos! Todavía quieres más, y estás derribando una manzana de casas viejas para hacer casas domingueras y sacarles las entrañas á los pobres.

—No hagan ustedes caso de esta *rata eclesiástica*—indicó Moreno, sentándose entre Barbarita y Jacinta.—Me está arruinando. Voy á tener que irme á un pueblo, porque no me deja vivir. Es que no me puedo descuidar. Estoy en casa vistiéndome... siento un susurro, algo así como paso de ladrones; miro, veo un bulto, doy un grito... Es ella, la rata, que ha entrado y se va escurriendo por entre los muebles. Nada; por pronto que acudo, ya mi querida tía me ha registrado la ropa que está en el perchero y se ha llevado todo lo que había en el bolsillo del chaleco.

La fundadora, atacada de una hilaridad convulsiva, se reía con toda su alma.

—Pero ven acá, pillo—dijo secándose las lágrimas que la risa había hecho brotar de sus ojos;—si contigo no valen buenos medios. An-

da, hijo, el que te roba á ti..., ya sabes el refrán...: el que te roba á ti se va al Cielo derecho.

—Adonde vas tú á ir es al *Modelo*...

—Cállate la boca, bobón, y no me denuncies, que te traerá peor cuenta...

No siguió este diálogo, que prometía dar mucho juego, porque del salón llamaron á Moreno con enérgica insistencia. Oíase desde el gabineté rumor de un hablar vivo, y la mezclada agitación de varias voces, entre las cuales se distinguían claramente las de Juan, Villalonga y Zalamero, que acababan de entrar.

Moreno fué allá, y Guillermina, que aún no había acabado de reír, decía á sus amigos.

«Es un angelón... No tenéis idea de la pasta celestial de que está fomado el corazón de este hombre.»

Barbarita no tenía sosiego hasta no enterarse del porqué de aquel tumulto que en el salón había. Fué á ver y volvió con el cuento:

—Hijas, que el Rey se marcha.

—¡Qué dices, mujer!

—Que D. Amadeo, cansado de bregar con esta gente, tira la corona por la ventana, y dice: «Vayan ustedes á marear al Demonio.»

—¡Todo sea por Dios!—exclamó Guillermina dando un suspiro y volviendo imperturbable á su trabajo.

Jacinta pasó al salón, más que por enterarse

de las noticias, por ver á su marido, que aquel día no había comido en casa.

—Oye—le dijo en secreto Guillermina, deteniéndola, y ambas se miraban con picardía;—con veinte duros que le sonsaques hay bastante.

## III

—En Bolsa no se supo nada. Yo lo supe en el Bolsín á las diez—dijo Villalonga.—Fui al Casino á llevar la noticia. Cuando volví al Bolsín, se estaba haciendo el consolidado á 20.

—Lo hemos de ver á 10, señores—dijo el marqués de Casa-Muñoz en tono de Hamlet.

—¡El Banco á 175...!—exclamó D. Baldomero pasándose la mano por la cabeza, y arrojando hacia el suelo una mirada fúnebre.

—Perdone usted, amigo—rectificó Moreno Isla.—Está á 172, y si usted quiere comprarme las mías á 170, ahora mismo las largo. No quiero más papel de la querida patria. Mañana me vuelvo á Londres.

—Sí—dijo Aparisi poniendo semblante profético;—porque la que se va á armar ahora aquí será de órdago.

—Señores, no seamos impresionables—indicó el marqués de Casa-Muñoz, que gustaba de dominar las situaciones con mirada alta.—Ese buen señor se ha cansado, no era para menos; ha

dicho: «ahí queda eso». Yo en su caso habría hecho lo mismo. Tendremos algún trastorno; habrá su poco de República; pero ya saben ustedes que las naciones no mueren...

—El golpe viene de fuera—manifestó Aparisi.—Esto lo veía yo venir. Francia...

—No *involucremos* las cuestiones, señores—dijo Casa-Muñoz, poniendo una cara muy parlamentaria.—Y si he de hablar ingenuamente, diré á ustedes que á mí no me asusta la República; lo que me asusta es el republicanismo.

Miró á todos para ver qué tal había caído esta frase. No podía dudarse de que el murmullo aquel con que fué acogida era laudatorio.

—Señor marqués—declaró Aparisi picado de rivalidad,—el pueblo español es un pueblo digno... que en los momentos de peligro sabe ponerse...

—¿Y qué tiene que ver una cosa con otra?...—saltó el marqués incómodo, anonadando á su contrario con una mirada.—No *involucre* usted las cuestiones.

Aparisi, propietario y concejal de oficio, era un hombre que se preciaba de *poner los puntos sobre las íes*; pero con el marqués de Casa-Muñoz no le valía su suficiencia, porque éste no toleraba imposiciones y era capaz de poner puntos hasta sobre las haches. Había entre los dos una rivalidad tácita, que se manifestaba en la emulación para lanzar observaciones sintéticas sobre

todas las cosas. Una mirada de profunda antipatía era lo único que á veces dejaba entrever el pugilato espiritual de aquellos dos atletas del pensamiento. Villalonga, que era observador muy picaresco, aseguraba haber descubierto entre Aparisi y Casa-Muñoz un antagonismo ó competencia en la emisión de palabras escogidas. Se desafiaban á cuál hablaba más por lo fino, y si el marqués daba muchas vueltas al *involverar*, al *ad hoc*, al *sui generis* y otros términos latinos, en seguida se veía al otro poniendo en prensa el cerebro para obtener frases tan selectas como *la concatenación de las ideas*. A veces parecía triunfante Aparisi, diciendo que tal ó cual cosa era el *bello ideal* de los pueblos; pero Casa-Muñoz tomaba arranque, y diciendo *el desideratum*, hacía polvo á su contrario.

Cuenta Villalonga que hace años hablaba Casa-Muñoz disparatadamente, y sostiene y jura haberle oído decir, cuando aún no era marqués, que las *puertas estaban herméticamente abiertas*; pero esto no ha llegado á comprobarse. Dejando á un lado las bromas, conviene decir que era el marqués persona apreciablesima, muy corriente, muy afable en su trato, excelente para su familia y amigos. Tenía la misma edad que D. Baldomero; mas no llevaba tan bien los años. Su dentadura era artificial, y sus patillas teñidas tenían un viso carminoso, contrastando con la cabeza sin pintar. Aparisi era mucho más joven;

hombre que presumía de pie pequeño y de manos bonitas, la cara arrebolada, el bigote castaño cayendo á lo chino, los ojos grandes, y en la cabeza una de esas calvas que son para sus poseedores un diploma de talento. Lo más característico en el concejal perpetuo era la expresión de su rostro, semejante á la de una persona que está oliendo algo muy desagradable, lo que provenía de cierta contracción de los músculos nasales y del labio superior. Por lo demás, buena persona, que no debía nada á nadie. Había tenido almacén de maderas, y se contaba que en cierta época les puso los puntos sobre las íes á los pinares de Balsaín. Era hombre sin instrucción, y... lo que pasa... por lo mismo que no la tenía gustaba de aparentarla. Cuenta el tunante de Villalonga que hace años usaba Aparisi el *e pur si muove* de Galileo; pero el pobrecito no le daba la interpretación verdadera, y creía que aquel célebre dicho significaba *por si acaso*. Así se le oyó decir más de una vez: «Parece que no lloverá; pero sacaré el paraguas *e pur si muove*.»

Jacinta trincó á su marido por el brazo y le llevó un poquito aparte.

—Y qué, *nene*, ¿hay barricadas?

—No, hija, no hay nada. Tranquilízate.

—¿No volverás á salir esta noche?... Mira que me asustaré mucho si sales.

—Pues no saldré... ¿Qué... qué buscas?

Jacinta, riendo, deslizaba su mano por el forro de la levita, buscando el bolsillo del pecho.

—¡Ay! yo iba á ver si te sacaba la cartera sin que me sintieses...

—Vaya con la descuidera...

—¡Quiá! si no sé... Esto quien lo hace bien es Guillermina, que le saca á Manolo Moreno las pesetas del bolsillo del chaleco sin que él lo sienta... A ver...

Jacinta, dueña ya de la cartera, la abrió.

—¿Te enfadarás si te quito este billete de veinte duros? ¿Te hace falta?

—No, por cierto. Toma lo que quieras.

—Es para Guillermina. Mamá le dió dos, y le falta un pico para poder pagar mañana el trimestre del alquiler del asilo.

Contestóle el Delfin apretándole con mucha efusión las dos manos y arrugando el billete que estaba en ellas.

En cuanto Guillermina pescó lo que le faltaba para completar su cantidad, dejó la costura y se puso el manto. Despidiéndose brevemente de las dos señoras, atravesó el salón aprisa.

—¡A esa, á esa!—gritó Moreno;—sin duda se lleva algo. Caballeros, vean ustedes si les falta el reloj. Bárbara, que debajo de la mantilla de la *rata eclesiástica* veo un bulto... ¿No había aquí candeleros de plata?

En medio de la jovial algazara que estas bromas producían, salió Guillermina, esparciendo

sobre todos una sonrisa inefable que parecía una bendición.

En seguida cebáronse todos con furia en el tema suculento de la partida del Rey, y cada cual exponía sus opiniones con infulas de profecía, como si en su vida hubieran hecho otra cosa que vaticinar acertando. Villalonga estaba ya viendo á D. Carlos entrar en Madrid, y el marqués de Casa-Muñoz hablaba de *las exageraciones liberticidas* de la demagogia roja y de la demagogia blanca como si las estuviera mirando pintadas en la pared de enfrente; el exsubsecretario de Gobernación, Zalamero, leía clarito en el porvenir el nombre del Rey Alfonso, y el concejal decía que *el alfonsismo estaba aún en la nebulosa de lo desconocido*. El mismo Aparisi y Federico Ruiz profetizaron luego en una sola cuerda... ¡Qué demonio! Ellos no se asustaban de la República. Como si lo vieran... no iba á pasar nada. Es que aquí somos muy impresionables, y por cualquier contratiempo nos parece que se nos cae el cielo encima. «Yo les aseguro á ustedes—decía Aparisi puesta la mano sobre el pecho—que no pasará nada, pero nada. Aquí no se tiene idea de lo que es el pueblo español... Yo respondo de él; me atrevo á responder con la cabeza, vaya...» Moreno no vaticinaba; no hacía más que decir: «Por si vienen mal dadas, me voy mañana para Londres.» Aquel ricacho soltero alardeaba de carecer en

absoluto del sentimiento de la patria, y estaba tan extranjerizado que nada español le parecía bueno. Los autores dramáticos, lo mismo que las comidas; los ferrocarriles, lo mismo que las industrias menudas, todo le parecía de una inferioridad lamentable. Solía decir que aquí los tenderos no saben envolver en un papel una libra de cualquier cosa. «Compra usted algo, y después que le miden mal y le cobran caro, el envoltorio de papel que le dan á usted se le deshace por el camino. No hay que darle vueltas; somos una raza inhábil hasta no poder más.»

Don Baldomero decía con acento de tristeza una cosa muy sensata: «¡Si D. Juan Prim viviera...!» Juan y Samaniego se apartaron del corrillo y charlaban con Jacinta y doña Bárbara, tratando de quitarles el miedo. No habría tiros, ni jarana... No sería preciso hacer provisiones... ¡Ah! Barbarita soñaba ya con hacer provisiones. A la mañana siguiente, si no había barricadas, ella y Estupiñá se ocuparían de eso.

Poco á poco fueron desfilando. Eran las doce. Aparisi y Casa-Muñoz se fueron al Bolsín á saber noticias, no sin que antes de partir dieran una nueva muestra de su rivalidad. El concejal de oficio estaba tan excitado, que la contracción de su hocico se acentuaba, como si el olor aquel imaginario fuera el de la asafétida. Zalameiro, que iba á Gobernación, quiso llevarse al Delfin; pero éste, á quien su mujer tenía co-

gido del brazo, se negó á salir... «Mi mujer no me deja.»

—Mi tocaya—dijo Villalonga—se está volviendo muy anticonstitucional.

Por fin se quedaron solos los de casa. Don Baldomero y Barbarita besaron á sus hijos y se fueron á acostar. Esto mismo hicieron Jacinta y su marido.